

# DAVID DIOP *Mucho más que un senegalés en la Gran Guerra*

La muy premiada 'Hermanos de alma' ahonda en la amistad, la venganza y la crueldad. La novela es «una fábula sin moraleja sobre el enigma perpetuo del morir y amar»

POR JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

NA  
RRA  
TTVA

La fuerza radical de David Diop es su potencia lírica de asalto. Leyendo el argumento de *Hermanos de alma*, la novela con la que ha ganado el premio Choix Goncourt España y el Goncourt des Lycéens, entre otros, es fácil distraerse pensando que se trata de una novela más sobre la Primera Guerra Mundial. El conflicto de 1914 dejó millones de muertos y un martirologio de poetas caídos –todos ellos hermosos y malditos, todos ellos tan jóvenes como una verdad eterna–, desde Rupert Brooke a Wilfred Owen, novelas espectaculares como *El miedo*, de Gabriel Chevallier y *Adiós a las armas* de Ernest Hemingway –o, entre nosotros, *El sonámbulo de Verdún*, de Eva Díaz Pérez–, y no pocas películas y series de televisión. Por eso después de haber leído *Hermanos de alma* uno valora aún más la gran dificultad de quien escribe la contraportada de una novela; sobre todo si tiene ambición artística, como es el caso, o si encierra sustratos más fecundos que los que avizoramos al principio, como también es el caso.

Porque hay que desvelar lo suficiente como para despertar el interés, pero no lo bastante como para que la novela se haya jibarizado en un microrrelato que condense no sólo la verdad que el texto nos ofrece, sino principio, nudo y desenlace. Y en narraciones como *Hermanos de alma*, del parisiño de origen y senegalés de nudo y desenlace David Diop, es verdaderamente un reto despertar nuestro interés sin contar demasiado. Así que el texto de la contraportada en cuestión nos dice lo que viene a ser la primera mi-

HERMANOS  
DE ALMA  
DAVID DIOP

308 págs. Anagrama. 13,90 euros  
Traducción: Rubén Martín

tad de la novela: Alfa Ndiaye es un soldado senegalés que combate bajo la bandera de Francia en la Gran Guerra. En sus manos murió, bajo fuego alemán, con las tripas fuera y calientes en la tierra, su hermano del alma, casi su otra mitad, su espejo en vida y muerte: Mademba Diop. Su agonía fue tan grande que Mademba le pidió tres veces que le rebanara el cuello; pero Alfa Ndiaye, como Pedro al ser preguntado si conocía a Jesús, se negó tres veces.

A partir de entonces, como venganza contra los

ejecutores de su amigo, Alfa Ndiaye se desliza cada noche, durante horas, entre los cuerpos caídos, cubiertos de barro y sangre, hasta llegar a las trincheras alemanas. Allí escoge su víctima, alguien que fuma ensimismado bajo la luna pálida, a quien inflige el mismo padecimiento que soportó su amigo, le corta una de las manos y regresa a su propia trinchera: una trinchera que se abre como una enorme vulva en mitad de la noche, un sexo femenino de inmundicia y terror, de carnalidad y de fango.

Pues bien, ahora viene la segunda evidencia: escribir en una extensión más amplia sin contar demasiado, sin descubrir las claves que hacen levantarse desde la exposición al argumento para alcanzar otras latitudes de expresión, también tiene su punto y coma en contra. Porque *Hermanos de alma* es una buena novela con planteamiento en clave simbólica en la parte apuntada arriba, con originalidad incluida por la procedencia colonial de sus protagonistas. Pero aunque los dos amigos se alistaron como voluntarios en la lejana Senegal para luchar por Francia para ver mundo y progresar, el relato de David Diop –con el mismo apellido que Mademba, el amigo que muere entre los brazos del otro– está muy lejos de ser una novela con un planteamiento social sobre la inmigración, o sobre la tradición tribal senegalesa, como tampoco lo es de la Gran Guerra. *Hermanos de alma* es una novela sobre los abismos tiernos y salvajes que interpelan a cada ser humano, sobre los repartos de la naturaleza y nuestra manera de afrontar la carga de nuestra propia fuerza.

Así, cuando dan a Alfa Ndiaye un mes de permiso y se aleja del frente, comienza a reencontrarse con el peso de su historia, con la dualidad de su amistad con Mademba Diop –porque si Alfa es un Apo-

lo de fuerza desmedida, Mademba representa la fragilidad física, compensada por su facilidad intelectual– y la sombra alargada de la madre perdida. Alfa Ndiaye es una especie de Hércules hermoso, lo sabe y nos cae bien. Porque como decíamos del propio David Diop, su fuerza es su potencia poética de asalto. Y hay una belleza indiscrible, simbólica y sencilla, en la narración que le hace al médico, a través de dibujos, de los personajes de su pasado. Y si en la descripción de los alambres y los cuerpos partidos por metralla la escritura de David Diop es desnuda y clara hasta el dolor de leerla, aquí la vida prístina del muchacho que fue es belleza calada hasta los huesos por una bayoneta existencial que siempre llega más lejos.

Este monólogo interior de David Diop es una fábula sin moraleja sobre el enigma perpetuo de morir y amar dentro de un cuer-

“Cuando Dios no llega a tiempo a desenredar los hilos de demasiados destinos sólo nos queda la guerra de vivir”

po que determina nuestra moralidad, sobre la pasión de sensualidad envolvente que nos deja sin fuerzas en las piernas y el respeto al padre, que es amar la tierra y su enseñanza de primera honradez. Porque cuando Dios va por detrás de la música de los hombres, cuando no llega a tiempo de desenredar los hilos de demasiados destinos a la vez, ya sólo nos queda la guerra de vivir.

